



LA CHARANGA.

ENCICLOPEDIA PINTORESCA DE HISTORIA, LITERATURA, TEATROS, MODAS Y CHISMOGRAFIA,
 ESCRITA EN PROSA Y VERSO POR UNA SOCIEDAD DE MÚSICOS (DE OIDO) BAJO LA
 DIRECCION DE

UN SORDO,

(PRINCIPAL REDACTOR.)

Núm. 23.

Unica edicion.

4 Agosto de 1861.

Por suscribirse á LA CHARANGA hacemos pagar tan solo cuatro rs. al mes, quedando al suscriptor el derecho de insertar gratis en sus columnas cuanto tenga por conveniente y esté en consonancia con lo que tenemos ofrecido.

Sale el sol (salvo los dias que está nublado) por la mañana y se oculta por la tarde. La luna, crece y mengua como el número de nuestros suscritores que hoy está en todo su pleno.

Qué descansada vida
 La del que huye el mundanal ruido
 Y sigue la escondida
 Senda por donde han ido
 Los pocos sabios que en el mundo ha habido!

(L. de L.)

Esto mismo pudiéramos decir nosotros ahora
 que estamos pacíficos con los instrumentos boca á

bajo; porque desde que el director dió la orden de descanso hemos engordado notablemente como puede verse por la viñeta de la portada que antecede. El bombardino, el clarinete y el director presentan una cara que no desdice de un reverendo fray dominico; y solo el bombo que siente placer en marcar los compases con recios golpes es el único que demagra por estar ocioso; y por cierto que dejaría ciego á cualquier tuerto que se le pusiera delante. Mas no po

esto dejan de tener sentimiento todos los músicos de no esparcir por los aires los marciales ecos de costumbre, y prueba de ello es que el director se ha puesto gaza en el sombrero, y el clarinete, que gracias á la cachucha ó casquete con que oculta su lustrosa calva, si aparece gordo es porque no crece: el bombardino y los otros aparentan muy obesos; pero es por estar llenos de cólera, de consejos y amenazas.

LOS FÁTUOS.

La palabra Fátuo, sinónima de las de Fáuno é Inúo, significó en lo antiguo la denominación del Dios que explicaba los Hados á los hombres; si se examina esa voz tan seca como suena, veremos que allá en la época del gentilismo en que todo era divinidades, los idólatras, sin embargo de la ceguera en que yacían, no tuvieron á mal convencerse que había en el mundo algunas cosas que, si no las juzgaban falsas *in totum*, hacíanles por lo menos ciertos ascos muy parecidos á náuseas, y hasta con síntomas muy pronunciados de jaqueca: sea dicho de paso que la jaqueca se conocía ya en tiempos de Mari-castañas de la cual se refiere que, asando unas cuantas de esas frutas, quedóse medio atortolada á impulsos de un gran dolor de cabeza, por haberle calentado el humo la venerable calva mas de lo regular.

Los antiguos, pues, que con seguridad repugnaban algo eso de admitir que hubiese quien les explicase los hapos y otras zarandajas por el estilo, pensaron, si va á decir verdad con conciencia no muy estrecha, que, si no de un modo directo al menos indirectamente, debían dar á entender, siquiera con la invención de una mísera palabra y acaso hasta por amor propio de su sabiduría, que ellos se hacían los incrédulos respecto de unas cuantas cosillas, nada mas que de unas cuantas y que quien de los mismos las creyese fuera tenido por un tonto, así como por un Fátuo el que se encargara de hacerles creer: el Dios Fátuo, por supuesto, hizo como que no entendía la indirecta, y la poca fé de los mortales dió origen á la voz que haurizaron con el nombre del pobre diablo, y que al presente nos ocupa.

De lo dicho se deduce que, como en el mundo hay siempre gentes enemigas acérrimas de toda novedad, sin que les importe un ardite el que dirán, muchos de los adoradores de los ídolos no quisieron entrar en el camino de la reforma; así fué que hubo muchísimos que no abandonaron la antigua creencia en que estaban respecto á la divinidad en cuestión, unos por ignorantes presumidos de discretos, y otros por juzgarse pozos de sabiduría, capaces en consecuencia de iluminar con sus pro-

fundos conocimientos á los primeros, y dignos sacerdotes é intérpretes del Dios Fátuo y de sus misterios: todos empero, sin que obstara esa pequeña distinción, recibieron de sus correligionarios el nombre genérico de *Fátuos*, coal si se digese que eran ellos los mas devotos de la falsa deidad, sus defensores en la tierra, y algunos, los suplentes muchas veces aún en las aclaraciones de los hados peculiares al ídolo mismo. Estos últimos con el transcurso del tiempo ensoberbeciéronse de tal modo, que se hicieron insufribles á sus satélites quienes en cambio faltáronles al respecto dividiéndose en cismas al ver que cada uno de sus caudillos, harto de orgullo, quería hacerse venerar como al Dios de quien solo le constituyeran ministros sus desvelos y su ciencia.

Desde entonces todo fué desorden: las aras de la santa imagen quedaron desiertas: los que ante ellas se postraban disemináronse por toda la faz del universo; cada uno fuese por su lado clamando todos sin entenderse ninguno, y lo que es mas, sin esperanzas de reunirse de nuevo en los siglos de los siglos, á lo cual sin reparos debemos añadir: amen.

Los *Fátuos*, desde esa época hasta nuestros días, han degenerado muchísimo, así como muchas especies de animales.

Al principio hubo dos clases únicamente, segun le hemos visto ya: sus caracteres eran bastante marcados: despues de la confusion que acabó por desparramarlos en todas direcciones, trabajo doy á los naturalistas en eso de que los especifiquen siquiera con mediana exactitud, y de que fijen sus casi innumerables diferencias: los naturalistas que son á mi entender los únicos que debían ocuparse de la raza *fátua*, creo, sin embargo, que convendrán conmigo en los siguientes puntos: Los *Fátuos*, luego que se desunieron, no se contentaron con las verdades que sabían acerca de la religion que profesaban á su Dios, (adviértase que el *fátuo* no yerra nunca), sino que tambien entróles el gusto de hacerse generales, generales en todos los ramos del saber humano, y hasta capitanes generales: muchos llegaron á engolfarse tanto en una sola ciencia ó en un arte único que, si no pusieron en olvido los axiomas de su rito, no dejaron memoria de que los recordaran; y es esto tan cierto que hoy ningun *Fátuo* se acuerda acaso ni aún del origen de su nombre.

El *Fátuo* sobresale siempre en lo que aprende con las gentes; dige mal, en lo que sabe; porque el *Fátuo* sabe antes de aprender, ó mas exacto, sin necesidad de enseñarse, y mucho menos, de que le enseñen.

Los *Fátuos* no solo llegan á hacerse insociales entre los hombres sino que hasta que dos de ellos mismos se junten cuatro minutos para que la compañía acabe por gruñidos, y á menudo, con arañazos; esta regla de insociabilidad, tiene no obstante, una excepcion, cuando uno de los *Fátuos* se recono-

ce mas debil en fuerzas físicas que el otro: en este caso el flojo y pusilánime evita cuanto puede por su propio interés que las cosas tomen un mal giro y permanece con su compañero el fuerte, si es que el fuerte pueda llamarse compañero, solo para saborear sus propias fatuidades cuanto se lo permita su situacion pacífica de su contrincante: dos *Fátuos*, claro está que entre si han de ser contrincantes; siempre han de cruzarse palabras; Que importa que la polémica verse sobre si todo el mundo medra á costa del pueblo? ¿sobre si el hambre mata ó consume? sobre si ha de llamarse al emperador de Rusia autócrata, monarca, ó déspota, y al tío del de Austria, segun he oído decir, quizás con su poco de ipérbole, «el comadron de sus morteros ó de Radetzky»?.... y perdone este señor; yo solo repito lo que se dijo por otros, y añado para satisfaccion del conde que se convenza de que no creo por ningun estilo, ni por mucho que se hable, en fenómenos, que si fueran, pasarian ya de fenómenos... ¡vaya! no se conciben metamorfosis tan *intrínsecas*, de ese calibre: los que en ellas piensan merecen hasta título de.... antidiplomáticos, hoy dia que todo el mundo lo es; diplomático, se entiende.

Los naturalistas estarán tambien conformes conmigo, ademas de convenir en lo dicho, en que los *Fátuos* son todos bípedos; compónese una gran parte de semejanzas perfectas al grajo de la fábula, y otra, de retratos exactísimos al hombre de dos piés sin plumas del filósofo Platon, al gullo pelado de sus discípulos, entre los individuos de la clase *fátua* hay muchos que saben por su desgracia, y otros ignorantísimos, tambien por desdicha suya; los primeros son dignos de lástima, porque precisamente su fatuidad nace de sus conocimientos; los segundos acaso no serian *Fátuos* si supieran: aquellos viven de modo que no caben en sí mismos de ufanos; en su interior lo pasan como unas pascuas, están enamorados de su propia persona, tomando aqui esta palabra en sentido metafórico, y el pozo de su ciencia es para ellos el espejo de aguas cristalinas en que miró Narciso su imágen retratada prendándose al cabo de si mismo. Fué ese Narciso un *Fátuo* que, si bien distinto de los que vamos describiendo, tuvo siempre en su género, y tiene en nuestros dias imitadores sin cuento, de los cuales solo debe decirse que tienen lo suficiente de *corregantes*, tanto que, segun opinaba un vieja muy fea, tal vez por envidia, se pintan á propósito para metrala.

Los *fátuos* no rudos afectan casi siempre una modestia que nunca puede negar ser hija legítima de la vana presuncion, asi como se conocen la humildad del orgullo y la calma de las zozobras; siendo su flaco en todos tiempos el ser *fátuos* comprometen á cada paso su ficción y violenta moderacion ensalzándose la aun que sea como por los cerros de Ubeda.

El *fátuo* con luces por lo comun es miope, ó aparenta serlo: cuando casi reúne sus pestañas al dirigir la vista á un infeliz que habla, dilele con los

ojos que apenas se le descubren: ¡cuidado! porque si se equivocare él está allí para juzgarle: si por desventura se engaña él á quien escucha, una sonrisa burlona y desdeñosa pínfase en el rostro del *fátuo*, y armada su cara con ella, vuélvese y mira en todos senti los para que, si hay quienes concurren á donde él se halla, vean y entiendan, aun que nadie repare en él, que no le ha pasado por alto el yerro en que se ha incurrido, y que quizás todo el mundo habia ya olvidado cuando él lo notára.

Entes de tal naturaleza, que bien pueden estarse sin la *g*, por muy modestos que se finjan, prorrumpen ó charlan casi siempre en tono magistral; hay muchísimos que al hablar de berzas o pepinos, declaman: verdad es que el asunto se presta.

A veces el *fátuo* que sabe, conserva en la memoria libros enteros de los mejores publicistas y literatos; recita á menudo trozos de los principales poetas, y al hacerlo, se posee tanto de lo que dice, que, cuando llega á lo que mas arrebatada de la poética inspiracion, ó á lo que á él mas le alaga, ó juzga mejor, prorrumpe de súbito en un «eso es divino ó no tiene igual» capaz de ser oído por un sordo, y no por quien lo fuese como una tapia, sino por uno de conveniencia que son los mas sordos.... cuando les conviene, segun lo indica ya el nombre que llevan. A eso á de añadirse tambien, que el *fátuo*, despues de la recitacion de un hermoso fragmento de poema ó de otra materia diversa, despliega un tino particular á fin de hacer que noten sus oyentes que, aun que es bueno en si mismo lo que dijo, ora se escuche en boca de un niño, ya sin acompañamiento alguno de furiosos gestos ni de una refinada mímica, sin embargo, del modo como él lo recitó hácese mejor hasta lo infinito el pasage que recordára: solo así «eso es divino no tiene igual»!....oh!... el literato le debe mucho.

El *fátuo* mira siempre á cegarritas á quien se le halla cerca ó le dirige la palabra; no parece sino que de esa manera penetra, escudriña y adivina los *esquisimos* taléños de los en quienes fija la vista; míralos satisfecho en el rostro, y sonriéndose en sus *dentros*; júzgase gigante entre miseros pigmeos.

¡Necio!.... ¡fátuisimo!.... murmura entre d'entes el *fátuo* con gesto despreciativo si alguien tiene una ocurrencia feliz entre la muchedumbre; y exprésase en esos términos ahogado de envidia, porque cree que lo que sale de sus labios es lo único que rebosa en mérito, lo único que debe ensalzarse: las personas que le circuyen disparatan de continuo en sus conversaciones, en sus certámenes, en sus discursos; cuanto dicen debe condenarse por malo, por pésimo; solo el *fátuo* prorrumpe en sentencias: conoce y riése de lo pasado; se duerme al arrullo de lo presente, y presagia lo futuro; en esto último aseméjase á los gitanos: esta raza parece que representa en la tierra, aun que muy degenerada, la de los adoradores del *Dios fátuo*, que, sin embargo de su excesiva



ignorancia, diéronla por meterse á sabiondos, y salieron sabi-hediondos.

Hoy dia existen tantas especies de *fátuos* como de animales; las de los segundos no se conocen aun con toda exactitud; las de los primeros tampoco: unos y otros se distinguian fácilmente con una division que marcasse los justos limites hasta donde acaba la una de entrambas razas, y desde donde principia la otra.

Por ahora solo tenemos una regla general, tan extensa, que por lo mucho que abraza raya en confusa, y es como sigue: hay tantas especies de *fátuos* en el mundo como impresiones susceptibles á los sentidos, como caprichos en el corazón del hombre, como sandeces en su pensamiento, como antojos en su voluntad, como obstáculos á su libre albedrío, como debilidades en la carne.

Infinitos ejemplos prueban y confirman este aserto A. M. le da por echarla de buen mozo, y á nadie mira; échala J. de valiente, y todo el mundo para él es un atajo de cobardes; B. no encuentra un sábio que le llegue á los zancajos; seduce á cuantas mugeres tienen la desdicha de oírle; será falso, pero él se jacta de ello: N. no halla de polo á polo quien compita con él en riquezas; F., primera letra de la palabra *fátuo*, no reconoce que puedan existir en la tierra blasones como los suyos. ¡su nobleza!... ¡oh!... ¡su nobleza!... ¡su alcurnia!... ¡su prosapia!... ¡su estirpe!... ¡su cuna!... ¡las armas de su casa!... ¡des- ciende de sangre azul!... mentira: si Dios tuvo á bien darnos la sangre de púrpura ¿á que empeñarse en teñírsela de añil, en darla color de azulejos, en man-

chársela?... porque el añil mancha. Conformidad y justicia respiran las obras del Eterno... ¿Será el mortal mas justo que Dios?... Job lo pregunta; los lectores pueden responderle si gustan: á mi solo me tocaba hablar de los *fátuos*, y medio me he salido de donde no debia.

Sra. Dña. *Aposentada*, V. nada me dice; que no me conoce?...—Quien eres? que no me ves? ¿no me conoces? yo soy don *Trapero* alias *despellejador* de la raza de caballerias y por lo mismo soy caballero.—Pues no te conozco.—Cómo; esa cara no te ha de ser indiferente! y en cuanto al cuerpo si exceptuamos estos zapatos con hebilla y esas faldas pegadas á una cosa como el chaqueton con que no ha muchos dias vagaba por estas calles de Dios, nada veo que sea diferente.—Este mundo es un teatro y entonces me tocaba desempeñar un papel que me valia el menosprecio y ahora la fortuna me ha dado otro y éteme aqui hecho un ministro, y como yo antes ya era hombre y el papel que desempeño pertenece al mismo sexo, no es cosa difícil que me presente con el ringo rango que este requiere y me sepa dar la importancia que cumple á un caballero de mi clase.—Doña *Aposentada* salió desesperada y no quiso continuar el diálogo porque se creyó ofendida con la visita del *favorecido*.

LOS FÓSFOROS.

III Y ÚLTIMO.

¿Deberemos encarecer las ventajas de los fósforos de *seguridad*? Suficientemente recomendados se encuentran unos productos de los cuales se han eliminado aquellas sustancias, que tantas veces han llevado el espanto y la consternacion en el seno de las familias.

Pasemos pues á considerar de qué modo llegó á vencer el fabricante de tales fósforos, todos los obstáculos que se presentaron hasta entónces, en la confeccion de tan peligrosas pastas.

En la fabricacion de los fósforos las dos dificultades mas culminantes estribaban en la preparacion del clorato de potasa, y en la manera de substituir el fósforo blanco y rojo. Estos dos inconvenientes pronto los hizo desaparecer Canonil al fabricar sus fósforos de *seguridad*. Ese fabricante, que habia asistido á la reunion celebrada en 1855 trabajó sin descanso hasta alcanzar la resolucion de tan apeteccido problema; escribió una carta al ministro de Agricultura, apresurándose á comunicarle la importancia de su invencion, y que todo se hallaba aprontado para un entretenido y profundo exámen. El ministro trasmitió la carta al Comité consultivo de higiene pública, el cual nombró una comision de su seno para que examinara minuciosamente todos los pormenores de la fabricacion. Pasadas algunas semanas, la comision presentó su informe, y el Comité en sesion pública, despues de una corta deliberacion, dirigió al ministro el siguiente acuerdo: 1.º que los hechos anunciados por el señor Canonil son exactos: 2.º que los procedimientos de su fabricacion, aunque susceptibles de ser perfeccionados, dan no obstante resultados satisfactorios, bajo el punto de vista de la calidad de los productos, de la salud de los trabajadores y de la seguridad; contra los envenenamientos.

Trascurridos algunos meses Canonil habia llevado sus productos á la perfeccion mas completa, la Academia de ciencias presentó un informe aun mas satisfactorio que el del Comité de higiene pública, y uno de sus mas ilustres miembros el Sr. Payen, en una leccion de química, dada en el Conservatorio de artes y oficios, ocupándose de los fósforos de *seguridad*, pronunció las siguientes palabras: «De este modo, el fósforo de los huesos no se robará por mas tiempo á la agricultura, de la que es un agente bienhechor y precioso, para ser trasformado en un veneno sin remedio, y convertirse en una amenaza frecuente de desgracias y crímenes.» Estas palabras en labios tan autorizados son el mejor elogio que pudiera hacerse de uno de los adelantos industriales, que tantas utilidades y beneficios debe reportar nuestra sociedad.

El problema queda enteramente resuelto, la industria de los fósforos ha pronunciado su última palabra, esa clase de productos antes tan peligrosos, no ofrecen, con la invencion del S. Canonil el menor riesgo, tanto por su inflamabilidad como por no contener ninguna materia tóxica ni venenosa. Los fósforos de *seguridad* se encienden fácilmente sin ninguna clase de detonacion, de proyeccion ni explosion, pero no se inflaman espontáneamente ni aun á una temperatura elevada, porque al encontrarse en este caso, el azufre se funde mientras que la pasta cloratada permanece infusible, á no ser que la temperatura se eleve hasta los 150 grados. No se desprende de ellos ningun olor que sea incómodo ni dañino, y causa admiracion, dice un periódico: al pasearse por dentro almacenes que contienen millares de cajas de fósforos, que no les falta nada para encenderse, sin que ningun olor ni emanacion advierta su presencia, obteniéndose todas estas ventajas sin ningun aumento de precio.

El Sr. Canonil no se ha reservado el secreto de su invencion, muy al contrario, lo ha comunicado y vendido sus pastas á todos los fabricantes que han querido adoptar su método de fabricacion. Ese esceso de filantropía ó bien llamémosle de amor á la humanidad le enaltece lo suficiente, para que todas las personas que tienen en algo la salud y la suerte de sus semejantes, le dirijan desde lo mas íntimo del corazon, ese voto de gracias y bendiciones, que solo arrancan los que honrosamente se dedican á aliviar las desgracias y miserias de sus hermanos.

¿Tardará la España en ver adoptadas las medidas protectoras que el gobierno francés, se apresuró á plantear para el mejoramiento y progreso de la industria de los fósforos? Tardaremos aun mucho tiempo en poder abandonar en cualquiera parte, y aun en manos las mas inespertas, ese producto que tantos cuidados requiere para no esponerse á espantosas y desastrosas catástrofes? Eso depende en gran parte de la proteccion é impulso que el gobierno y las autoridades prestarán á esa industria, en el día tan insalubre, para que se introduzcan en ella las reformas que hemos enumerado, á fin de que cesen de una vez los cuidados y temores que continuamente nos presentan los actuales fósforos. Al gobierno pues pertenece, y á él nos dirigimos, para que se adopte lo mas pronto posible, tan bondadoso y apeteccido adelanto.

J.

Hé aqui un curioso diálogo que hallamos en un periódico andaluz, de cuya verdad histórica no salimos garantes, pero lo reproducimos como una muestra del ingenio y caracter de los naturales de aquel pais:

«En la mañana del domingo, dice un diario malagueño, sobre las siete y media, entró en una casa de esta ciudad un jovenzuelo campesino, hijo mayor del capataz de una de las haciendas de este término: el dueño de la casa lo era á la vez de la referida hacienda; saludáronse, mediando

breves palabras y en seguida se entabló entre ambos el siguiente diálogo.

—Que novedad tenemos, José?

—Denguna, mi amo.

—¿Como ninguna? ¿Y la gente del partido está tranquila?

—Le iré á su merecé: jase cuatro días se presentaron en la jasienda siete hombres, y se empeñaron en que me habia de apuntá: saqué la petaca, y le dijo yo mesmo;—caballeros ¿qué noveá? jumamos, y que te vengas, porque too está arreglao:—yo la veldá, le golbí á desí;—caballeros, y que farta jago yo?—mi padre mefio la pata, y pregunto la noveá; y entonces uno de ellos que hacia de capresto, me dijo:—hombres, vente, pá que te enteres del reparto que habemos jecho de esta jasienda...

El amo que escuchaba tranquilo á José, dió un brinco cuando le llegaron á lo vivo.

—Y qué? le preguntó.

—Naa, mi amo; me puse los botines, agarré la escopeta, y le dije:—pues juveno voy:—efectivamente; estaba cargá con perdigones, le jeché una bala, y aluego encima mas pólvora, y me viene pa preguntarle á su merecé su conformiá en este asunto: efectivamente me agarraron en el abugero y no púe venir; pero dimpues, como iceen que los Can á fusilá á tóos, man sortao y yo me he venio á saber la conformiá.

—Y dime, José, y como estan los majuelos, la viña y el huerto?

—Los majuelos sin noveá; la viña con la cenisa, y el agüerto seco: yo y mi pare jasemos lo que poemos; peoro como no hay nadie que se sarrime mé venio á que su merecé mande gente: hoy se ha queao mi pare solo con el mulo, y la borrica está travá en el arroyo cantando coplas: al cardinero se le rrompió un cuerno po una trompá que le pegó á un alcornoque; y mi pare ma dicho que cono lan dicho que las cajetillas valen dos cuartos, y la sal veinte riales, como en Loja, que venga y le merque dos oc-nas.

—Pues mira, José, sube y almuerza y en seguida vuélvete á la hacienda, que yo mandaré mañana gente para que trabaje, y sodo quede arreglado: y dile á tu padre que de la vegueta me munde dos docenas de pantalones de naranjos, y del arroyo atras dos de adelfa, para ponerlos en la plaza de la Merced en lugar de los árboles que hoy tiene.

—Y digasté, mi amo, y porqué no ponen tambien albarcoques y ciruelas, y un par de obras de viña? Pro-supuesto que me hé queao espantao cuando hé pasao por lá prazr, y hé visto jundio el cabirido: digasté mi amo, cuando se jundió pilló ebajo algun municipá ó argune de los señoritos que estaban en aquella sala larga, leyendo papeles, con las orejas llenas de plumas y mas sérios que confesores?

—No; no es quo se há hundido; es que las han echado abajo para hacerlas nuevas con una gran portada de marfil, balcones de piedra, escalera de cristal, y otras cosas.

—Pos misté, como no sa jundió mas que la mitá y jene toítica la senefa euiera, mo paesió que sabia jun-

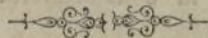
dío: y digasté mi amo, ¿toos esos escalones de vidrio, van á salir de las puertas y consumos?

—Eso no te imporia; sube, almueaza y lárgate al campo.

—Gueno; y digaste mi amo, si van otra vez pá que mepunte qué jago?

—Dile á tu padre que venga á verme, y yo le diré lo que has de hacer.

—Gueno; pus á las pas é Dios, y que no haiga noveá, y sul merecé mande.



PROVERBIO ANTIGUO.

CADA HORA QUE DA NOS HIERE, Y LA ÚLTIMA NOS MATA.

Este terrible proverbio corresponde á la inscripcion latina «*Omnes vulnerant, última necat*,» que antiguamente solia ponerse sobre los cuadrantes solares de las iglesias, para recordar á los fieles que «las horas no son mas que fragmentos de la muerte,» ó que la vida es una muerte progresiva que principia en la hora que nace-mos, continúa en cada una de las siguientes que van dando, y acaba por la última que para nosotros suena.

En un reloj de sol que se ve en una de las primeras casas del pueblo del Masnou yendo de Barcelona, se lee esta enérgica inscripcion latina: *Forté última tibi*, tal vez la hora que señala el reloj es la última para ti; terrible recuerdo que sin duda sugeriria alguno de los monges ó solitarios que vivian en las montañas inmediatas, y los cuales se saludaban familiarmente con: *morir tenemos—Ya lo sabemos*.

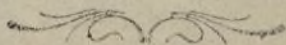
El antiguo proverbio citado por Lactancio, «*Mors in voluptatibus delitescit*,» la muerte se embosca ú oculta en el seno de los placeres, dió sin duda la idea de la *Dansa Macabra*.

Consiste en una ronda alegórica que los antiguos suponian que estaban bailando todas las clases y condiciones humanas, en todas sus edades, dirigida por la muerte, la que en el momento menos esperado cogia á uno de los danzantes, y apoderado de él seguia la zambra ó bulla hasta tropezar y caer en la tumba que tenia abierta á sus piés.

El sabio Van-Praet cree que el hombre de esta danza viene de uno árabe, «*magbarah*,» que significa «comenterio,» porque solia pintarse en estos «dormitorios del género humano.

La mas antigua de estas representaciones es la figurada en bajo relieve en las paredes del coro de la célebre y antigua abadía de benedictinos de Francia llamada «*Casa-Dei*,» en la Auvernia.

Otro proverbio no menos antiguo que el que nos ocupa, y que tiene cierta analogía con él, dice: «La muerte sentada á la puerta de los viejos, tiende sus redes á los jóvenes.»



Crónica de la capital.

Los siguientes refranes reasumen todo un curso de moral.

El asno y la muger á palos se han de vencer.

El que tiene una muger hermosa, ó castillo en frontera, ó viña en carrera, nunca le falta guerra.

Con la muger y el dinero, no te burles compañero.

El humo, la muger y la gotera, echan al hombre de su casa fuera.

La mujer del ciego ¿para quién se peina?

Muéstrame tu muger, decirte he qué marido tiene.

La mal casada, tratos trae con su criada

El perro mi amigo, la muger mi enemigo.

Hombre celoso, el cuerno al ojo.

CHUPATE ESA. — Por seguir á la esposa de un cesante — llevó dos puntapiés un pobre amante. — No hay nadie, lector mio, mas furioso — que un marido en ayunas y celoso.

UN GENIO. — Devanabase los cesos cierto sacristan sobre cuál podría ser el motivo de que en las veletas de las iglesias se acostumbra á poner un gallo, sin que jamas, ni por equivocacion, se pudiese una gallina. Al fin de muchas investigaciones y de no pocas noches pasadas en vela, logró darse la explicacion del enigma. — Será, dijo para sí, porque si la gallina llega á ponerse estrellarian los huevos al caer desde tan alto.

LO ENTENDIA. — Una muger que en Paris fué acusada de envenenamiento, presentó á declarar como testigo de su descargo á su marido.

— ¿Cómo sabeis, preguntó el magistrado, que vuestra muger no ha cometido el crimen de que se la acusa?

— Porque si mi muger fuera capaz de envenenar á alguien, hubiera empezado por envenenarme á mi, que soy la persona que mas cordialmente la testa.

CARTA CURIOSA. — Querio primo Andres: al agarrar la pluma pa delebarte esta pobre lenda, es tal la sofiamacion de busto que encobana mi pecho aboa-mesmo, que no sé si podré seguir mi ranta; pues me se encorbilla de una moa el corazon, que, si te he de hablar con certenida, sin poello remediar, gomitan mis párpagos lágrimas como pucheros. Tal es el motigo de que hoy me voy á platicar

Ya por la que te arremeti estos dias de azaga, estas destruio de lo que aqui pasaba tocante ar defalijaero de la contrapará. Por lo mesmo creo devano golver la cabeza azaga y esmoñigar de segundas una docena que tanto ha afigio ar pobre, y si er decirte tuico aquello que remaniente á lo mesmo sirva de destrumento pa esmochar la malancolia que pua tener tu presona. Por tal defecto, sigo á elante mi negocio, pa darte á conocer la gran impresa que acaba de efilusar un hombre á quien, por su fuerte y bien entendido arbullo, merece se esclafe su fiebotomia en los papeles de Madrid, pa que lo reconojan como un Oliverós y Ron-dan ó por un segundo Calo-mano.

Dicho presonaje á quien llaman Sulis, contando siempre con la allua de un tal Facio Pelos y dos tablacheros mas, llebaos der mejor aquel, se arrecuyonaron bajo la astrucia del primero, con er fin de dalle pique á los trebajos de la contrapará y metigar de una vez las afliciones de los probes que cautivan las tierras de este paraje.

El papel me fartará si quisiera efilular toico el galloma-

tias que en este negocio ha habio, pa que el Sulis no arre-matara los trebajos; pues hasta por decir, han dicho que se le habia esfaliye el célebro.

¿Pue darsele mas beneno á una presona que trocea su vida por dalle el pan á otra? Pero bien sabio es que los hombres y er mundo siempre er mesmo. Y el que iga que no es así, que agarre las tellendas de Cristobal Cu'on, que las esmoñigue y vera lo que aquel hombre pasó, lo que hizo y su semate. Pero ¿aqué es maejarme la cabeza? Al remate der cuento y juera é mas negocios, no sea que esfare y calla al partior y me unte de cieno.

Pues, amigo, como te iba diciendo, el probe Sulis, como desaba, remató su obra. Y en la noche der veintitres der mes de aboamesmo amaneció en este paraje la aurora ampireal y jué á mi ver er dia en que Dios dijo «probe levanta con arbullo esa flevotomia y desagenete der mal que encobana tu pecho, pues es dificultativo que cudia de tus penas, mu presto metigará tus quejios trallendo á tu mesma casa er paere nuestro de ca dia.

Con efecto; así jue. Allá anda una miaja, como una presona que guerve á su vivienda impues de estar desagena de ella angun tiempo, que too lo desamina, así el agua venia recorriendo las aciecas y escabullándole por los parajes mas oscuros con el deseo, á mi ver, de dalle sin empacho angun besiquio á las matas.

Te igo, Andres, que he sentio no te hallas encontrado en esta decena. Pacia esto la fin der mundo ¿qué de mandarrias y citoras tocando por toos puestos «á la bana me voy!» ¿que de tenores, panderos y malincordios! ¡¡vamos si esto era abrir ojos y cejar!!!

Ca, si se armó aqui un destrupicio mas juerte tabia que el que ican que lleva el carao-cerril, las viviendas se benian abajo y dasta los animales se hacian piazos á rebusnar.

Primo, has de creerme: si yo juera presona de arto cope, por lo que hace á Sulis, habia de sacar una espautacion de su segura y la habia de poner en el remate de un tronco como el que tie Moria Blanca, pa perpleuta memoria de los que venian azaga; y por lo que hace al sober-nador y D. José Guenasol, habia de regalalles do, tumbagas de oro llenas de pedregueria, para que vieran ellos que sus trebajos tambien son agraccios.

Y á propósito que he hablaa del gobernaor. ¿Sabes primo que si juera verdá eso que de ca embuste que uno dice se cae un dierte, no habias de comer mas que sopas lo que te queda de via? pues me dices que el gobernaor tiene descelencia desde el colero en que demigró á la Quensanta siendo asin, que dunde quo casó la reina le dió esta distincion. Y si es su hermano, tambien la tiene por la juerza de una ley y no por haber estao como dioes en el molino. Por lo mesmo te digo si quieres que no te miegue por pariente y que te siga escribiendo, hablame siempre con la verdá por delante y no desta clase de negocios en que ni me va ni me viene. Si lo haces, pues estar seguro que te daras por el busto á tu primo que te quiere. — Juan Rani.



Veis á ese pillete de nariz roma que con su aire y payasesca apostura indica la educacion que ha recibido. Su padre enfurecido está de sus desmanes y extravíos, y olvida que la causa de todo cuanto su hijo se propasa, es el padre la culpa, porque le permite hacer lo que debiera prohibirle por mas que lo sintiera.

PARTES TELEGRAFICOS CHARANGUEROS.

Nacionales.

Todos cuantos hemos recibido..... no dicen nada.

Estrangeros.

Tan mal están allí como aquí.

BOLSA.

Si no hay dinero, para que se necesita?

Anuncios.

VENTAS.

Para pago de ciertas exigencias se vende cuanto poseen todos los comerciantes industriales y artesanos de cierta poblacion. El que desee mas antecedentes estamos dispuestos á dárselos siempre que venga de buena fé.

COMPRAS.

A escepcion de incienso cuanto se nos presente compramos por que de todo necesitamos.

Hace poco, que ha llegado á esa ciudad un oso de gran tamaño, el cual será espuesto al público dentro de breves dias en un edificio de la calle conocida con el nombre del Borne.

En Palma siempre han abundado los osos. Diganlo si nó la Rambla, la calle de San Miguel, la cuesta de Sto. Domingo y todas las de esta ciudad, en donde viven muchachas bonitas.

Por un descuido involuntario, abrumados del mucho trabajo que tuvieron los operarios al componer el último Semanario, se les pasó sin corregir el 2.º artículo que publicamos sobre los fósforos; y en su consecuencia rectificamos en el número de hoy las equivocaciones que se cometieron.

Líneas.	Dice.	Debe decir.
8	remenosas	venenosas
9	su	por su
11	presenta	presentan
11	esas	sus
12	siquiera	quisiera
18	atener	atenuar
23	casi	asi
40	rechazar	raclama
47	dorato	clorato
49	precioso	preciso
52	participa	participaban
63	aridante	oridante
71	tónica	tórica

Editor responsable.—D. PEDRO FELIPO Y MARTINEZ.

Palma-Imprenta Palmesana á cargo de la redaccion de la Charanga.-1861